

Las representaciones de las niñas en los manuales de lectura para mujeres en educación elemental a principios del siglo xx

Una preocupación de la sociedad porfirista¹ consistía en formar a los pequeños de acuerdo con los cánones de orden y progreso pregonados por el régimen. Si se quería construir una sociedad moderna que estuviera a la altura de las “cultas” naciones europeas, había que formar a una ciudadanía que encajara con dicho imaginario. Se consideraba que el refinado trato social y las maneras cortesas constituían los signos exteriores que permitían clasificar a una persona como bárbara o civilizada. Según esa óptica, había entonces que enseñar a las menores a controlar sus impulsos, para dar lugar a comportamientos “civilizados”. Esto significaba que las niñas debían aprender a conducirse con sus padres, maestras y compañeras de manera respetuosa y decorosa.

Para que la menor aprendiera a sujetar sus instintos, se le inculcaban deberes con Dios y con la patria, obligaciones en su hogar y con sus semejantes. Vivir en sociedad requería que la pequeña ajustara su conducta a las normas sociales, por tanto la escuela sería un lugar privilegiado en donde debía aprender a regular su comportamiento.

Para las niñas de las clases populares, serían principalmente sus maestras quienes les inculcarían las reglas de urbanidad, pues se tenía una actitud

Óscar Reyes Ruvalcaba. Doctor en Ciencias Sociales, con especialidad en Historia Cultural. Profesor e investigador de la Universidad Pedagógica Nacional, campus Colima.

Debido a su extensión, las notas de este artículo se encuentran al final del texto.

En las escuelas de enseñanza elemental, los manuales de lectura y urbanidad se convirtieron en los principales medios para que las pequeñas aprendieran el lenguaje, los modales, gestos, las acciones

pesimista sobre el tipo de formación moral que las pequeñas recibían en sus hogares. Durante el Primer Congreso Nacional de Instrucción, el profesor Juan A. Mateos observaba: “En la escuela se nutre el niño de ideas que no recibe en el seno de su familia. Es triste decirlo, pero es la verdad. En la clase ínfima de nuestro pueblo, a ningún niño se le moraliza, al contrario, se le corrompe, se le estruja y se le sujeta a una vida salvaje” (Congreso de Instrucción, 1890: 308).

Por medio de las lecturas infantiles en la prensa o en los manuales escolares es posible conocer cómo debían conducirse las y los pequeños pues, como señala Luz Elena Galván, a través de ellas es factible “rescatar el imaginario que de niños y niñas se construyó en el siglo XIX mexicano” (2002: 1).

En las escuelas de enseñanza elemental, los manuales de lectura y urbanidad se convirtieron en los principales medios para que las pequeñas aprendieran el lenguaje, los modales, gestos, las acciones y, en fin, el comportamiento que era considerado socialmente correcto por los sectores “cultos” de la sociedad.

Comienzo este estudio con las representaciones sobre las niñas en los manuales de lectura en educación primaria. Enseguida me ocupo de los programas escolares de moral y urbanidad, en los que se proponen formas de comportamiento social para las menores. Continúo con un análisis de las pequeñas como seres físicos y espirituales, particularmente atendiendo los puntos sobre cuidado del cuerpo y del alma. Paso a documentar las representaciones sobre el modo de conducirse las menores en el hogar, en la escuela y en sociedad. Finalmente realizo una breve comparación entre los imaginarios sobre el devenir de los hombres y de las mujeres.

Importancia de los manuales escolares de lectura

El manual de lectura era mucho más que un texto en el que las niñas se adiestraban a leer, pues constituía una especie de síntesis de la cultura escolar. Por lo regular, en estos libros se concentraban gran cantidad de temas que correspondían a materias tan diversas como: ciencias naturales, gramática, geografía, historia, civismo, higiene y moral, entre otras. Por ejemplo, en el Primer Congreso de Instrucción se indicó que el libro de lectura debía reunir dos condiciones: por una parte, tenía que dedicarse propiamente a ejercicios del lenguaje y, por otra, incluir contenidos de las otras asignaturas de una manera amena, “con elegante elocución y al alcance de los niños” (Congreso de Instrucción, 1891: 22).

Aunque los libros de lectura se caracterizaban por esa amalgama de conocimientos dispares, su mayor preocupación consistía en atender aquellas enseñanzas que permitirían hacer de las pequeñas buenas hijas, compañeras solidarias y mujeres serviciales. En estos textos se valoraron más aquellas lecciones que trataban temas relacionados con la moral y la urbanidad. Sobre todo en los manuales dirigidos a las niñas, los libros de lectura se convirtieron en tratados de moral y buenas maneras. Por ejemplo, en el libro *El amigo de las niñas mexicanas*, su autor expresaba que ese texto no sólo servía para ejercitarse en el arte de la lectura, sino que se había propuesto reunir los conocimientos morales necesarios para ayudar a que cada niña pudiera llegar a “ser esposa, buena madre y prudente gobernadora de su hogar” (De la Torre, 1905: v). De hecho, desde el Segundo Congreso de Instrucción se indicó que los libros de lectura deberían ir “mezclando asuntos morales e instructivos, con los puramente literarios” (Congreso de Instrucción, 1891: 23).

Dada la importancia que tuvieron los libros de lectura para la enseñanza moral de las niñas, utilicé

En estos textos se valoraron más aquellas lecciones que trataban temas relacionados con la moral y la urbanidad.

estos textos como fuentes documentales, pues de acuerdo con Benito Escolano los manuales escolares son “un espacio de memoria en el que se ha objetivado, al mismo tiempo, los programas de la cultura escolar de cada época, las imágenes dominantes en la sociedad que los ha producido y los modos de apropiación de las disciplinas académicas” (Escolano, 1997: 15). Según esta perspectiva, los libros de texto son documentos valiosos para reconstruir la historia de la niñez de cada época debido a que en ellos podemos dilucidar, por lo menos, los siguientes aspectos:

Primero, podemos comprobar aquellos conocimientos que se consideraban más valiosos para ser adquiridos por las menores. Es decir, en los manuales escolares de primera enseñanza se sintetizaba el universo científico y humanístico que la sociedad reconocía que debía ser compartido por sus integrantes. Por esta razón, las nuevas generaciones debían ser sometidas a un proceso de aprendizaje de la cultura en cuestión.

Segundo, los libros de educación primaria reflejaban el arquetipo de niña y mujer que la sociedad quería forjar. En los textos se presentaban los modelos de comportamiento a los que se debían sujetar las menores a fin de ser apreciadas como personas cultas. Esto es, como seres que podían vivir en armonía con sus semejantes.

Tercero, los manuales señalaban los procedimientos mediante los cuales las pequeñas debían adquirir esos atributos. Es decir, en los libros escolares también se indicaban los medios por los que las menores obtendrían las cualidades personales adecuadas para vivir civilizadamente. Los modelos pedagógicos dominantes, la disciplina que se debía guardar en la escuela y en la sociedad, la función directiva de maestras, padres y autoridades, eran otros tantos aspectos que se condensan en los libros de texto.

En resumen, por medio de los manuales escolares es posible reconocer la cultura, las cualidades

y los comportamientos que tenían que obtener las menores para formarse como mujeres formales. Los libros de texto son así una fuente de primer orden para reconstruir una historia de la infancia.

Para indagar la forma en que se debían conducir las pequeñas recuperé tanto textos de orientación religiosa (El lector católico mexicano), así como manuales de uso en las escuelas oficiales (El lector hispanoamericano), y principalmente libros exclusivos para niñas (El amigo de las niñas mexicanas,² Rafaelita³ y El ángel del hogar y La perla de la casa).⁴

Programa escolar de moral y urbanidad

A las niñas se les permitía recibir educación, siempre y cuando en ella se les reforzara su papel como futura esposa, madre y ama de casa. Así en la escuela, en vez de economía política, recibían la materia de economía doméstica, en lugar de tecnología aprendían horticultura; a los ejercicios militares cedía la gimnasia higiénica; en vez de cálculos aritméticos superiores se les enseñaban labores manuales. Las niñas tenían derecho a capacitarse, pero sin dejar sus tareas domésticas. Así, en una lectura, una madre le recomendaba a su dócil pequeña: "Ilústrate y hazte apta para cuanto tu trabajo te permita tu naturaleza abarcar; así podrás tener la gloria de ser, en caso necesario, el sostén de tu familia, pero no por eso abandones los trabajos propios de la mujer, ser perfecta ama de casa" (Rosales, 1914: 38).

Si bien en el hogar las madres recurrían a su propia experiencia para orientar o corregir a sus hijas, en la escuela las maestras contaban con manuales de urbanidad, tratados de moral y los propios libros de lectura para inculcar una "buena conducta" a sus alumnas. En los programas escolares estaban estipuladas dos clases a la semana para que las maestras impartieran nociones de moral. Al preparar sus lecciones,

A las niñas se les permitía recibir educación, siempre y cuando en ella se les reforzara su papel como futura esposa, madre y ama de casa.

A través de las reglas de convivencia urbana, las niñas aprendían a respetar las diferencias sociales, a obedecer a sus superiores y a ser indulgentes con las más pequeñas.

las profesoras podían hacer uso de diversos medios didácticos entre los que destacaban las narraciones de historietas, las conversaciones instructivas, las lecturas de fábulas, las recitaciones cívicas, el estudio de conductas modelo, así como la biografía de personajes ilustres.

El uso de fábulas y cuentos con trasfondo moral se justificaba porque se consideraba que las menores tendrían mayor disposición a cumplir sus deberes si se impactaba su sensibilidad antes que su inteligencia. De allí que se considerara que por medio del uso de anécdotas moralizantes se lograría que las pequeñas amaran la virtud y temieran el mal. Por ello, el licenciado Alberto Correa señalaba que era preciso presentar a la niña narraciones con “casos concretos, ejemplos prácticos, darles a conocer grandes y generosas acciones que deseen imitar, [pero también] descubrir ante su vista el espantoso cuadro de las innobles pasiones y sus funestas consecuencias, para despertar en su alma el horror a la maldad y el aborrecimiento del vicio” (Correa, 1889: iv).

A través de las reglas de convivencia urbana, las niñas aprendían a respetar las diferencias sociales, a obedecer a sus superiores y a ser indulgentes con las más pequeñas, reproduciendo así el desigual orden social existente hasta entonces. Las niñas debían aprender cómo comportarse en casa, en los templos, en la escuela, en la calle y en sociedad. Por medio del aprendizaje de las “buenas maneras”, las pequeñas diferenciaban los rasgos refinados de aquellos identificados como vulgares, ya que para las clases acomodadas “sólo se consideraba como civilizada a una persona cuyos actos estaban pensados y razonados, y que en todo momento se comportara de forma templada y fuera moderada en hábitos como hablar, vestir o comer” (Speckman, 2001: 214). Se procuraba inculcar en las niñas un modo de comportamiento distinguido, que respondiera a

la diferenciación social sobre la que se organizaba el régimen porfirista.

Tal vez fueron los padres que se encontraban en estratos medios quienes mayor interés tenían en que las menores aprendieran aquellas “buenas maneras” que les permitieran distanciarse de los groseros modales de los “léperos” y demás clases menesterosas. La apariencia externa y la fineza en el trato eran buenos recursos que posibilitaban a las personas de mediana estampa insertarse en los círculos sociales más privilegiados. En ese medio, aunque fuera de manera periférica, era factible acceder a un trabajo modesto, o posibilitar a sus hijas a casarse con un empleado o un burócrata y quizá, con fortuna, contraer nupcias con el hijo de un licenciado o de un comerciante.

La presión que sentían las menores de clase media, o los aspirantes a ella, debía ser muy intensa. Las pequeñas habían de aprender a controlar sus impulsos y a regular su conducta de acuerdo con las reglas de urbanidad y cortesía. Tal vez era en los hogares de “medio pelo” donde las niñas respiraban una atmósfera de mayor temor, producto de la amenaza que pudieran sentir sus padres de quebrantar su endeble estabilidad económica o ante el riesgo de perder alguna oportunidad de ascenso social. Para que esto no sucediera, las menores debían adquirir los correctos hábitos de distinción social.

Quizá estos miedos de los padres se transmitían a los hijos por medio del gesto y la palabra, y obligaban a las niñas a interiorizar una determinada pauta de comportamiento que, de no cumplirse, se expresaba a través de sentimientos de vergüenza y remordimiento. Es por ello que Nibert Elías señala que con respecto a los comportamientos denominados civilizados, “lo que sucede es que el campo de batalla se traslada al interior. El hombre tiene que resolver dentro de sí mismo una parte de las tensiones y de las pasiones que antiguamente se resolvía en las luchas entre in-

Las pequeñas habían de aprender a controlar sus impulsos y a regular su conducta de acuerdo con las reglas de urbanidad y cortesía.

dividuos". De esta manera, en cada persona se crean autoacciones, "que son funciones de una previsión y reflexión permanentes que se inculcan en el pequeño desde niño" (Elías, 1987: 459-460). Sin embargo, en el caso que nos ocupa, cuando las niñas no se "autocorregían" era posible que los padres dejaran a un lado los consejos moralistas y echaran mano de la disciplina correctiva, de amenazas, de castigos y hasta de golpes para doblegar el carácter de las más indómitas.

La niña como ser físico y espiritual

La menor era considerada como una persona con características específicas: con cualidades que debían ser incentivadas y con defectos que habían de corregirse. Tanto unos y otros se presentaban en estado latente, por lo que la adecuada orientación de padres y maestras podían hacer de las niñas futuras mujeres virtuosas, o bien seres ruines y perversos.

Era importante que la pequeña se reconociera como un ser individual con atributos físicos e intelectuales específicos, pero sobre todo como un ser moral, esto es, con responsabilidades y deberes consigo misma y hacia los demás: padres, maestras, mayores y autoridades. Así, por ejemplo, en el primer libro de la serie Lector hispanoamericano aparecía un texto titulado "¿Quién soy yo?", por medio del cual se inducía a la menor a que se reconociera como un ser singular, distinto respecto a todos los objetos y personas que tenía en su alrededor. Allí se expresaba: "Cuando papá me llama, nadie acude sino yo, puedo tocar todo lo que me rodea, golpearlo, quemarlo, y yo no siento dolor alguno; todo lo que me rodea es distinto de mí, soy un ser independiente de todos los demás. Yo siento, pienso, quiero y me muevo libremente" (Gómez, 1899: 154:155). En suma, a las pequeñas se les representaba con rasgos físicos ("sien-

to”), intelectuales (“pienso”) y morales (“quiero”). Sin embargo, en el caso de las mujeres, estos atributos no tenían igual valor.

Las virtudes del alma

A las menores se les inculcaba que las cualidades espirituales tenían mayor valía que las físicas. El conjunto de estas atribuciones se resumía con el término de alma. Era gracias al alma que los menores podían desarrollar ideas, retener imágenes y tener sentimientos nobles. En algunas lecturas, el alma era presentada como obra de la “gracia divina”, aun en libros utilizados en las escuelas oficiales. Por ejemplo, en El ángel del hogar se expresaba:

Niña, entra en ti misma y encontrarás dentro de tu alma todavía más maravillas que en los objetos materiales que te rodean. En primer lugar, oh niña, ¡piensas! El pensamiento no puede oírse, verse, tocarse, y existe sin embargo... Pero lo más hermoso que hay en el alma, es que tiene en sí la idea de la infinita sabiduría, del infinito poder, de la infinita bondad. ¡Oh maravilla! Tú, simple niña, puedes pensar, puedes querer, puedes desear infinita perfección. El alma es la imagen de Dios. (Rodríguez, 1905: 155-156).

A las niñas se les consideraba naturalmente delicadas, dulces, afables, bondadosas y sacrificadas. Y se les preveía, al igual que a la madre, un futuro de dolor en la tierra y de paz en el cielo. Sin embargo, estos atributos femeninos debían ser reforzados por medio de una pertinente conducción moral. En los libros de lectura se mostraban diferentes cualidades que debían desarrollar las niñas a fin de que cumplieran su misión como hijas, hermanas, compañeras y futuras esposas, madres y amas de casa.

A las menores se les inculcaba que las cualidades espirituales tenían mayor valía que las físicas.

En primer lugar se resaltaba el carácter dulce, que se consideraba era inherente a la naturaleza de las pequeñas. Se suponía que la dulzura venía acompañada de la bondad y la docilidad. La afabilidad en el carácter y la sumisión eran dos cualidades que se hermanaban y eran parte intrínseca del comportamiento natural de las menores. Así en una lección se aducía:

Una niña es la delicada representación del sexo débil, y debe ser, por lo tanto, dócil y cariñosa; debe con su docilidad atraerse las simpatías de todos, para que todos la admiren y respeten, debe con dulzura, con las endebles armas que la naturaleza le otorga, perfeccionadas con su sano criterio, captarse la benevolencia y la estimación generales (De la Torre, 1905: 98-99).

Es decir, para que una niña pudiera tener la aceptación y la simpatía de los mayores, debía mostrarse cariñosa, comedida y dócil. Sólo entonces se haría merecedora de la protección de sus benefactores. Se remarcaban así las “endebles armas” con que la naturaleza había adornado al “sexo débil”.

La niña, entonces, había nacido para servir a otros, según se presentaba en los libros de lectura. Pero su servicio era ante todo privado. En *El amigo de las niñas mexicanas* se señalaba: “El destino de la mujer no es brillar, sino cuidar de la dicha del hogar doméstico..., su tarea es modesta, silenciosa, vulgar algunas veces, y otras dolorosa, mas en cambio, de ella depende la paz, la alegría y el bienestar de la familia”. Por tanto, agregaba: “Fuerza es, en suma, que comience desde muy temprano a formar esa belleza del alma que debe sobrevivir a la del otro” (De la Torre, 1905: 4). Se enseñaban a las niñas máximas morales para que conocieran las cualidades que correspondían a una mujer virtuosa. Entre otras cosas, se señalaban:

Ama a tus padres, tierna y cariñosa,
Respetándolos y vivirás dichosa...

Estima y obedece a la maestra
Quien es quien la senda del deber te muestra...

Trata a pobres y ricos, hija mía,
Con amabilidad y cortesía...

La bondad en el trato y la dulzura
Valen más que el donaire y la hermosura...

Adornan la modestia y el decoro
Más que las perlas, el coral y el oro...

El orden esmerado y la limpieza
Da a la casa la mejor belleza...
(De la Torre, 1905: 18-19).

La honradez era otra de las cualidades de mayor valía que deberían aprender las menores. En diferentes lecturas se presentaba a niñas que desinteresadamente entregaban objetos encontrados, devolvían dinero que no les pertenecía, admitían sus propias faltas y, en casi todos los casos, su rectitud era reconocida y aun premiada. Por ejemplo, se mostraba la historia de una pequeña que se encontró un huevo en el corral de su casa y fue a devolverlo a su vecina. Ésta, conmovida por la honradez de la niña, le obsequió una pollita, la que con el tiempo tuvo doce críos. En la lección se señalaba: "Éstas ponían muchos huevos y María vendía cada sábado varias docenas en el mercado, y con lo que ganaba ayudaba a su madre" (De la Torre, 1905: 33).

La generosidad y la caridad eran otras cualidades que habían de aprender las pequeñas. El desprendimiento de las pertenencias para socorrer a los que la necesitan era un atributo moral que debía ser desarrollado en las menores. Así como los menesterosos se encontraban en una situación de inferioridad

**La honradez era otra
de las cualidades
de mayor valía que
deberían aprender
las menores.**

**Además de generosas,
las niñas tenían que ser
agradecidas.**

respecto a los pudientes, se identificaba a las niñas como seres necesitados que para subsistir requerían de la intervención de los mayores. Entre las niñas y pobres existía un rasgo común: su situación de dependencia.

Además de generosas, las niñas tenían que ser agradecidas. Debido a que el papá y, particularmente, la mamá habían creado a las pequeñas sacrificando sus propios goces para otorgarles protección y bienestar, éstas les debían especial gratitud. Se enseñaba a las menores que a través de pequeños o grandes sacrificios se mostraba el agradecimiento hacia sus bienhechores.

Una virtud de mayor reconocimiento moral era la abnegación. Esto es, la capacidad de rechazar los intereses propios en favor de los ajenos, y que la más de las veces se expresaba como disposición de sacrificarse en favor de otras personas. El modelo de abnegación era definitivamente la madre, que negaba su propio ser para entregarse totalmente al cuidado de sus hijos. Por medio de diversos textos se inducía a las menores a que desarrollaran la actitud del sacrificio, justificando que así lo demandaba su preparación como futuras mamás. Además, el servicio a los otros demandaba no sólo la propia negación de la pequeña abnegación sino además que asumiera tal sacrificio con placer, cariño y dulzura. En *El amigo de las niñas mexicanas* aparecía un poema, en el cual se solicitaba a una menor:

¡Ojalá y seas como tu madre, pura
Sublime, delicada y generosa,
Y heredes su virtud esplendorosa
Y no pruebes jamás su desventura!

Tu misión es de paz y de consuelo;
Para alivio de su alma adolorida,
Ángeles de amores formará el cielo.
(De la Torre, 1905: 247).

En suma, para que una niña pudiera ser considerada como moralmente virtuosa, debía mostrarse inocente, tierna, cariñosa, obediente, agradecida, amable, bondadosa, dulce, ordenada, limpia, modesta, decorosa, diligente y hacendosa. A lo que se agregaba:

La dignidad, la prudencia, la cortesía, la discreción, el amor al trabajo y a estudiar..., la condescendencia, el valor para sufrir las penas de la vida y para sobreponerse a las acechanzas del vicio, la indulgencia, la paciencia, la paz y orden domésticos, el tacto social, la gratitud, la beneficencia, el apego al hogar, la mansedumbre, la perseverancia, la lealtad, la sencillez en el trato y las costumbres, la moderación y la generosidad (De la Torre, 1905: vii).

El cuidado del cuerpo y los peligros del alma

No todos eran bellos adornos en la femenil naturaleza de las menores, también se les reconocían sus defectos. En los libros de lectura se señalaba que a causa de la frivolidad en el vestir, algunas niñas querrían mostrarse como adelantadas señoritas, lo que conducía a la pérdida de su natural inocencia y podía incluso poner en riesgo su futuro como esposa abnegada y madre sacrificada. Así se observaba en una lección de El amigo de las niñas mexicanas:

Una niña es un ser sagrado, representa a la familia futura... Las niñas despojadas de su inocencia, se convierten en mujeres en miniatura, y como fenómenos de la naturaleza, siempre antipáticas y ridículas. Las niñas que presumen de mujeres, son cual frutos de estufa, se corrompen sin haber estado en sazón; tienen una vida ficticia y artificial (De la Torre, 1905: 3).

Se consideraba que, por su natural coquetería, las pequeñas eran proclives al amor propio y la frivolidad, que podía devenir en jactancia, orgullo y vanidad.

La falta de cuidado y dominio sobre el propio cuerpo podía dar lugar a defectos e infortunios en el futuro de las niñas.

Al tratar de ser agradables a los demás, las pequeñas podían rivalizar entre sí. Esta competencia por atraer las simpatías podía provocar sentimientos de envidia en las menos afortunadas, lo que provocaba murmuración, chismes y aun calumnias por parte de las menores insidiosas. En *El amigo de las niñas mexicanas* se hacía un recuento de los males en que solían caer las pequeñas, y que debían de combatirse a fin de ser consideradas como “bien educadas”:

El lujo, la vanidad, el orgullo, la petulancia, la pereza, la envidia, la altanería, el carácter burlón, el amor propio, el mal humor, el carácter dominador y voluntarioso, el coquetismo, la desenvoltura, la murmuración, los chismes, la ignorancia, la avaricia, la prodigalidad y el despilfarro, la indolencia, la timidez y la cortedad, la impaciencia, los arranques de ira... [son] defectos que deben ser evitados (De la Torre, 1905: vii).

La falta de cuidado y dominio sobre el propio cuerpo podía dar lugar a defectos e infortunios en el futuro de las niñas. Ésta era una preocupación que aparecía en los libros de lectura. Así, el físico tenía que ser disciplinado, aseado y ejercitado, pues el alma no sólo estaba contenida en el cuerpo, sino que se expresaba a través de éste. Un cuerpo descuidado, sucio, raquítico y enfermizo era manifestación de un estado espiritual en descomposición. A las menores se les hacía ver que estar aseadas, vestir de manera limpia y lustrosa y vivir en un medio ordenado, era una manifestación de las cualidades interiores.

Sin embargo, también se enseñaba a las niñas a desconfiar de las exigencias del cuerpo, pues sujetarse a sus impulsos sólo podía propiciar los más inconvenientes defectos. Por ejemplo, se indicaba a las menores que debían alejarse de la frivolidad que provocaba el embellecimiento excesivo del cuerpo, ya que el amor propio podía devenir en vanidad, y ésta

en presunción y soberbia. El orgullo fue visto como una ilusión que provenía de valorar los atributos corporales por encima de los espirituales. La hermosura y la gracia en las niñas eran apreciadas como dos cualidades naturales que, de no orientarse oportunamente, podían volver jactanciosas a las menores que las poseían. Una excesiva confianza en las capacidades físicas sólo podía relajar las características morales de las pequeñas, dando lugar a defectos y conductas perversas con la mayoría de edad.

En los libros de lectura se ponía énfasis en los atributos específicos que deberían desarrollar las niñas. En primer lugar, se reconocía a la inocencia y el candor como las cualidades que debían adornar a las pequeñas. Por ejemplo, una historia trataba de un poderoso gobernante que convocó a un concurso en el que se premiaría a la niña que estuviera mejor adornada. Las familias ricas del lugar ataviaron a sus niñas, quienes se presentaron al palacio con los más vistosos y finos atuendos. El monarca, sin embargo, fijó su atención en una humilde niña de modesta vestimenta, que observaba desde lejos a las jactanciosas concursantes. Ante el azoro de la selecta concurrencia, la seleccionó como modelo de elegancia infantil, argumentando:

Tu atavío tiene la exquisita elegancia de la sencillez y la limpieza, y es la imagen de lo que debe ser el alma de las niñas; de blancura inmaculada, como tu traje, gracias al candor y la inocencia; llena de fragancia y de perfume, como las flores que te adornan, porque el alma de una niña debe ser como jardín divino donde florezca la virtud. Tuyo es el premio (Rosales, 1914: 127).

Si bien a la menor también se le identificaba como un ser corpóreo, era considerado sobre todo como un sujeto espiritual. Desde pequeña se le instruía sobre la mayor importancia que tenía el alma sobre el

En los libros de lectura se ponía énfasis en los atributos específicos que deberían desarrollar las niñas.

cuerpo. Así, en una lección se mostraba a una menor que cuestionaba a su madre respecto a porqué los adultos le decían que era una “niña linda”, a lo que ésta le respondía de manera versificada:

Tener en el corazón
Fe, esperanza y caridad,
Vale más que lindos ojos
Y labios de coral...

Toda belleza del cuerpo
Se pierde y no vuelve más;
Pero el alma es hecha a imagen
De Dios, que en el cielo está...

La sencillez, la modestia,
La modestia y humildad,
Valen más que lindos ojos
Y que labios de coral...
(Rodríguez, 1905. 107-108).

En tanto que se consideraba que el espíritu era reflejo de la divinidad, se exigía a las niñas conservar su alma en estado de pureza, ajena a toda malicia y sin mancha alguna. Para ello debían aprender a tener dominio sobre sí mismas, esto es, sobre su cuerpo, sus acciones y pensamientos. Por ejemplo, en el tercer libro de la serie *El lector hispanoamericano* se indicaba que debía de fomentarse una “cultura de sí mismo”, es decir que la niña, a semejanza de las plantas, debía ser cultivada. Aducía que en cada menor existían algunos principios que regían su comportamiento. Así, el principio del “interés propio” era el que impulsaba a realizar actos meramente egoístas que podían desatar pasiones y degenerar en perversiones de no intervenir otro, el espiritual. Bajo este principio se incluían tanto los atributos intelectuales cuyo fin era buscar la verdad, de manera honesta y objetiva, así como las

cualidades morales que se dirigían al servicio desinteresado a los demás, conteniendo de esa manera las disposiciones egoístas existentes en las menores. Se presentaba, bajo un nuevo lenguaje, la vieja antinomia cuerpo-alma: el primer término identificado con el mal, y el segundo con el bien. Para inclinar el comportamiento infantil hacia el bien se recurría a un tercer principio, el religioso. Con su auxilio, las menores podían vencer sus inclinaciones egoístas o corregir sus defectos, pues como se expresaba en una lección: "Reconocer y adorar en Dios los atributos de la justicia imparcial y amor universal, oírle cuando nos manda en el fondo de la conciencia, ésa es la esencia de la verdadera moral" (Gómez, 1897: 41).

Conducta en el hogar

La preparación de la niña como futura madre

Desde la perspectiva católica, los padres eran considerados los representantes de Dios antes sus hijos. Tenían por misión la iniciación religiosa de los pequeños, corrigiendo sus defectos y acrecentando las virtudes cristianas. En *El amigo de las niñas mexicanas* se señalaba:

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de la familia. El padre ama mucho a sus hijos, él los acostumbra a la obediencia y al trabajo; los castiga y atempera la excesiva indulgencia de la madre. El padre a veces prefiere en su cariño al hijo más hermoso o al más atrevido; al más inteligente o al más inquieto. La madre, al más enfermo, al menos querido de los demás (De la Torre, 1905: 23).

En su papel como “compañera”, la mujer se debería negar como persona y vivir sólo para su marido.

Es decir, se consideraba que al padre le correspondían las tareas de castigar, ilustrar y sostener a la familia, mientras que a la madre tocaba otorgar protección, cuidado y cariño a los menores. El papel de proveedor y autoridad familiar que se otorgaba a la figura paterna era reforzado en los diferentes libros de lectura.

Si el padre daba castigo a las hijas, la madre debía brindarles consuelo; si el papá era severo, la mamá sería indulgente; si al jefe de familia le correspondía el soporte material, a la “reina del hogar” le tocaba la administración de los recursos; si el esposo se ocupaba del desarrollo intelectual de sus vástagos, la esposa se ocupaba de la vida afectiva. De acuerdo con los libros de lectura, a la mujer le correspondían tres funciones en el hogar: la de esposa, la de “ama de casa” y la de madre.

En su papel como “compañera”, la mujer se debería negar como persona y vivir sólo para su marido, pues éste era considerado el jefe absoluto de la familia, y su esposa debería estar a su completa disposición. Para soportar esta rigurosa tarea, se recomendaba a las niñas que fueran desarrollando ciertos atributos como la resignación, la paciencia, la mansedumbre y la abnegación, que se prescribían a las alumnas en *El amigo de las niñas mexicanas*:

Destinadas a vivir en estado de dependencia, ¿cómo podrá suavizar ese estado mejor que por medio de aquellas virtudes? Está llamada a enjugar los sudores del rostro de su esposo en la afanosa carrera por la vida, a consolarle, a animarle, a hacerle agradable este sendero difícil en donde anda delante de ella para servirle de guía... ¿Cómo conseguirá esto la mujer si no posee en grado eminente la afabilidad, la apacibilidad y la bondad de corazón? (De la Torre, 1905: 177-178).

En su tarea de “reina del hogar” la mujer era presentada como la responsable de mantener el orden de la casa, de lograr una limpieza inmaculada, de tener

las provisiones para el sustento familiar, de preparar y cocinar los alimentos, además de conservar la vivienda con un aspecto agradable o por lo menos decoroso. Si por fortuna era rica, le correspondía además organizar a la servidumbre; si era de mediana condición, tenía que hacer mil malabarismos para que alcanzara el magro presupuesto familiar, o por lo menos guardar las apariencias de prosperidad; si era pobre, debería alternar las tareas domésticas con labores extrahogar. Por ello se señalaba en *El amigo de las niñas mexicanas* que la mujer debía “emplear una vigilancia activa para mantener el buen orden, la limpieza más esmerada, la economía más prudente y coadyuvar con sus desvelos al bienestar de toda la casa” (De la Torre, 1905: 177-178).

Por otra parte, también se le exigía que fuera una madre ejemplar. Bajo ese nombre se escondía una gran cantidad de tareas, algunas de las cuales se describen en el siguiente poema. El autor pone en voz de una pequeña las razones por las que amaba a su mamá:

Mi madre querida
Me da la comida,
La leche y el pan.

Me da mis zapatos,
Vestido y sombrero,
Mil besos, si quiero,
Sus labios me dan.

Me viste y me lava,
Me cuida y me cría;
De noche y de día
Se ocupa de mí...

Me cura, si enfermo,
Me besa si lloro...
Por eso te adoro,
Mi madre yo a ti.
(Gómez, 1899: 116-117).

Las niñas debían aprender desde muy temprano estas “maternales virtudes” si querían llegar a ser señoritas formales y aceptadas en sociedad.

Además de conocer de qué forma se administraba una casa y saber atender a un futuro marido, las niñas debían aprender a cuidar al número de hijos que Dios les fuera a dar. Pues cada “querubín” era considerado obra de la “gracia divina” y debía atendersele con arrebatado fervor. A las escolares se les inculcaba que la máxima dicha de una mujer consistía en desvivirse por sus “pequeños ángeles”. De nuevo El amigo de las niñas mexicanas prescribe los deberes que tenía una mamá responsable con su pequeñín:

El amor que una madre tiene a su hijo supera todo otro amor. Ella le alimenta, le viste, vela por él noche y día, y adivina por un grito, por un gesto, cualquier cosa que su hijo desea. Ella acude a su llanto, le consuela y le acaricia; le estrecha en sus brazos, le besa y está a su lado con tierna solicitud. Le enseña a andar y nombrar las cosas; atiende a cuanto necesita, y da pruebas de no vivir sino para él (De la Torre, 1905: 229).

Multiplíquense estas actividades por cuatro, seis, ocho o diez hijos, y se comprenderá el “sublime destino” a que estaba sujeta la mujer.

Las niñas debían aprender desde muy temprano estas “maternales virtudes” si querían llegar a ser señoritas formales y aceptadas en sociedad. Ante todo, en su casa una niña debía aprender a ser muy “comedida”, esto es, dedicarse a servir a los demás miembros de la familia. Respecto a sus hermanos menores, su tarea consistía en cuidarlos y protegerlos; en relación con su mamá, ayudarle en el aseo de la casa; con su papá, servirle y consentirle, sustituyendo a la madre cuando ésta se ausentaba. Vivir para otros, negando su propia condición personal, era el ideal de mujer que se quería forjar en la menor. La “virtud del servicio” se podía extender inclusive a otros miembros de la familia. Por ejemplo, la pequeña Rafaelita describía algunas de las tareas que realizaba en casa de una tía:

Me levantaba muy temprano; antes que mis dos primitos despertaran, revisaba toda su ropa para que a ninguno le faltara nada, y una vez convencida de ello, los despertaba, vigilando que asearan y se vistieran prontamente. Ya arreglados, todos íbamos a saludar a mis tíos, y después nos íbamos al colegio; a mediodía llegábamos a comer, y yo cuidaba que lo hicieran en orden y sin meter mucho ruido, para que no molestaran a mí tía (Rosales, 1914: 79).

Una de las tareas que correspondía realizar a las niñas era colaborar con el aseo doméstico.

Una de las tareas que correspondía realizar a las niñas era colaborar con el aseo doméstico. Lavar trastes, barrer, trapear, regar el patio, limpiar las recámaras, la cocina, la sala de visitas y el salón comedor eran algunas de las actividades que se inducía a que ejercieran las pequeñas. Por ejemplo en el libro *La perla del hogar*, la mayor parte de las lecturas estaban dedicadas a que las escolares aprendieran los “secretos encantos” del trabajo doméstico. De esta manera iban aprendiendo a convertirse en “mujercitas”. Una ilustración mostraba a dos hermanas “hacendosas” cumpliendo con sus tareas en el hogar, la cual iba acompañada con un texto que intentaba seducir a las pequeñas sobre lo gratificante que era el trabajo doméstico. A través de imágenes como ésta se inducía a que cumplieran con las tareas del hogar:

Cuando María y Raquel han trapeado y barrido sus respectivas alcobas proceden al arreglo de sus camas y de los objetos del tocador. Todo queda bien dispuesto y ordenado, y es encantador observar la cortina que cubre la ropa de las perchas, cómo está bien sacudida y formando graciosos pliegues; todo brilla, todo está alegre, nada tiene la más mínima partícula de polvo... Creéis vosotras, mis lectoras, no disfrutaréis igualmente de satisfacción y de contento cuando trabajéis con esmero en el aseo de alguna de las piezas de vuestra casa? (Rodríguez, 1912: 45).

También se pensaba que constituía un rasgo femenino su temperamento maternal.

A las pequeñas se les quería hacer ver que su trabajo no sólo era necesario, sino también digno y gratificante. Al cumplir esta noble tarea no sólo se debían sentir satisfechas por haber cumplido su deber, sino también contentas y hasta agradecidas, pues la habilidad para el trabajo manual era considerada un atributo que Dios había otorgado a las niñas y, por tanto, formaba parte de su naturaleza humana.

También se pensaba que constituía un rasgo femenino su temperamento maternal. La niña estaba destinada a ser madre y desde pequeña se manifestaban estas tendencias hasta en sus propios juegos. Su actitud proteccionista hacia los animales, el encanto por las flores, su gusto por jugar a las comiditas y, sobre todo, la veneración que profesaba a sus muñecas, eran manifestaciones de ese instinto maternal. En El amigo de las niñas mexicanas aparecían las siguientes estrofas de un poema de Juan de Dios Peza:

Tiene Margot un niño a quien adora,
Que no nació entre lágrimas y males,
Pues se lo dio de cuelga una señora,
Que lo compró de lance en veinte reales...

Si la vieras en horas sosegadas
Con qué ternura maternal lo viste,
Y con qué melancolía
Se fija en él cuando lo juzga triste.

"¿Qué tienes le pregunta niño mío?
¡Más bonito que tú no habrá ninguno!
¡No llores... ¿tienes hambre? ¿tienes frío?
Duerme mientras te traigo el desayuno..."

¡Cuánto Margot a la virtud promete!
Mira... en su niño están sus ojos fijos.
¡Avergüenza esta madre de juguete
a los monstruos que olvidan a sus hijos!
(De la Torre, 1905: 198-199).

En este mismo libro se hacía hincapié en la importancia que tenían las muñecas para la formación moral de las niñas. Se sugería a las madres que aprovecharan las jugarretas de sus hijas para inculcarles nociones de lo bueno, lo justo y lo bello. A las niñas se les indicaba que incitaran a sus "hijitas" a levantarse temprano, a mantenerse aseadas, a vestirse decorosamente y a bien alimentarse. Que les dieran pláticas, que las corrigieran y aun las castigaran si hubieran cometido alguna falta, pues se consideraba que "el primer amor de una niña es su muñeca, y en ella repite todas las lecciones de su madre" (De la Torre, 1905: 7).

Relación de la menor con sus hermanos

En los libros de lectura se reiteraba una sociedad conformada por el mundo de adultos, muy ajeno al trajín de las menores. Los mayores tenían un papel directivo sobre las niñas, por lo que éstas debían acatar sus órdenes y otorgarles total respeto. El dominio de los padres sobre las hijas se justificaba, entre otras cosas, por la mayor experiencia que tenían en la vida. Allí se hacía vigente aquel dicho que decía: "Más sabe el diablo por viejo, que por diablo". Pero si bien a los ancianos se les guardaba respeto, eran los hombres maduros quienes tenían el mayor reconocimiento social, mientras que las niñas se encontraban en lo más bajo de la escala de la vida humana, lo que se manifestaba a las menores mediante imágenes y textos como el siguiente: "La primera edad es la infancia; esa es la primera época de la vida. Después viene la niñez. La sigue la juventud. La edad viril, o de los adultos, es la del hombre que ya se halla en plena vitalidad. La madurez llega enseguida. Se asoma después la vejez o ancianidad" (Gómez, 1902: 28).

De acuerdo con los libros de lectura, existía una natural diferencia entre los adultos y las niñas. Se

consideraba que las menores no tenían la experiencia y que los mayores sabían lo que más les podía beneficiar. Es decir, las niñas eran presentadas como seres inocentes y, por lo mismo, proclives a cometer faltas de no ser guiadas por los adultos.

Se incitaba a las hijas mayores a servir de ejemplo para sus hermanos menores, pues las primeras se solían representar como obedientes, reflexivas, condescendientes, sensatas y tolerantes, mientras que los más chicos por lo regular eran considerados perezosos, traviesos, fantasiosos e indolentes. Esta diferencia en el comportamiento se atribuía principalmente a su naturaleza femenina, además de que la mayoría de edad les otorgaba más experiencia y preparación en la vida.

Sin embargo, no sólo era la edad lo que otorgaba mayor reconocimiento familiar a los hermanos, también el sexo de los hijos intervenía en la preferencia de los padres. Se repetía entre los hermanos lo que acontecía entre los esposos: la superioridad que se otorgaba al sexo masculino. Por ejemplo, en *El amigo de las niñas* se reproducía una narración del poeta mexicano Juan de Dios Peza, en la cual aparecían dos niñas, allí la hermana mayor (Concha), trataba de arrebatar a su hermana menor (Margot) una muñeca. Disputa que terminaba con la intervención del “benjamín de la familia” (Juan, de tres años), a quien sumisamente obedecían las menores, ante la mirada complaciente del padre:

Concha: Cambiaremos de juguetes...

Margot: No, yo juego nada más con mi niña todo el día.

Cocha: Me la das o te pego. No es tuya nada más...

Margot: ¿Me pegas? Doy un grito.

Concha: Déjamela Margot.

Margot: No he de dejarla.

Ya tiene Margot, el rostro colorado... Y entonces Juan, rifle preparado, sale y grita a las dos.

Juan: Cállense o tiro.

Callan ambas a un tiempo, como puede callar cualquiera ante una faz bravía... Con esta frase que su audacia encierra, vuelve a las niñas bienestar profundo (De la Torre, 1905: 39).

En esa breve narración se mostraba la diferente autoridad que se reconocía a los varones en la familia respecto a las mujeres. Es decir, se suponía que las hermanas debían otorgar el lugar que le correspondía al hermano, como hombrecito que era. En otra historia aparecía la niña Rafaelita, intentando enseñar buenos modales en la mesa a su hermanito (Ramoncito). Este chiquillo no sólo ignoraba las indicaciones, sino que insolentemente le increpaba:

Bueno, yo no como; me quedo sin comer. ¡Horrorosa! Rafaelita se impacientó y quiso pegar a Ramoncito... Y se contuvo, y, casi con lágrimas en los ojos dijo al niño:

Está bien, es que tú no me quieres, a pesar de que yo te quiero tanto. Ramoncito vaciló un momento, miró a su hermana, y tomando otra vez el plato, dijo:

Bueno, comeré como tú quieres, pero no llores (Rosales, 1914: 120).

Esta lectura venía acompañada de una estampa en la que aparecía la niña llorando frente a su hermanito, junto a una leyenda que decía: "Primeras penas de Rafaelita". En otra ilustración aparecía la misma menor dando de comer a Ramoncito, ante la mirada aprobatoria de los padres, pues siendo la hermana mayor le correspondía atender a los más chicos, aprendiendo desde pequeña su futuro papel de madre.

En suma, los deberes de una pequeña en el hogar consistían en aprender a ser compañera y protectora de sus hermanos; diminuta trabajadora doméstica, e iniciarse como futura madre de familia. Quien esto hacía se convertía en un verdadero "ángel del hogar". En resumen, a través de las lecturas se pretendía incul-

En suma, los deberes de una pequeña en el hogar consistían en aprender a ser compañera y protectora de sus hermanos; diminuta trabajadora doméstica, e iniciarse como futura madre de familia.

En los libros de lectura se representaba a la escuela como un segundo hogar, así como un lugar donde se formaba a las niñas para la vida social.

car los deberes de las niñas en la casa, que consistían básicamente en brindar cariño, respeto y obediencia irrestricta a sus padres; cuidado y protección a sus hermanos y colaborar en los quehaceres domésticos. Los niños debían aprender a ejercer la autoridad con sensatez, reflexión y carácter, mientras que las “mujercitas” debían desarrollar un espíritu de servicio y sacrificio hacia sus padres y hermanos, porque ello les permitiría formarse como futuras esposas, madres y amas de casa.

Obligaciones en la escuela

En los libros de lectura se representaba a la escuela como un segundo hogar, así como un lugar donde se formaba a las niñas para la vida social. Era una instancia intermedia entre la casa y la sociedad. Desde esta última perspectiva, los establecimientos escolares eran considerados espacios donde las niñas se forjaban como mujeres honradas, serviciales amas de casa y fervientes esposas.

Si bien aparecía la escuela como extensión del grupo doméstico, los libros reconocían “el calvario” que significaba para muchas niñas su paso por las aulas. El plantel escolar se presentaba ante todo como un espacio donde el deber, la disciplina y el trabajo eran sus atributos inherentes. La primaria se reconocía como un lugar disciplinario que causaba tedio y fatiga a las inquietas chiquillas. Estudiar era uno de los tantos sacrificios que las niñas debían realizar, a fin de obtener un futuro feliz. En el segundo libro de la serie Rafaelita se presentaban estas estrofas sobre el significado que las escuelas deberían tener para las menores:

Niñas, verdad que fatiga
El estudio, más no es en vano

Que todo el que siembre grano
Recoge después la espiga...

El hombre saber anhela;
Más su templo sublime
No penetra quien no gime
Sobre el banco escolar...

La escuela, aunque parece
A la niñez un Calvario,
Es la puerta del santuario
Donde el saber resplandece...

Allí se le hace saber
Que si es hermoso vivir,
Aún es más bello morir
Por la virtud y el deber.
(Rosales, 1914: 24-25).

La profesora fungía como un modelo de conducta que debían imitar las niñas. En los libros de lectura se representaba a la maestra como una mujer sensata, justa y cariñosa hacia las menores. Se procuraba hacer ver a la profesora como una delegada de los padres, a quienes sustituía en la formación de los hijos. Por ello las maestras eran investidas de cualidades como la bondad, la paciencia, la afabilidad y la comprensión. Tal vez por eso las profesoras no se mantenían imparciales con sus discípulas, sino que algunas veces mostraban predilección por alguna menor. Esta diferenciación era bien vista en las lecturas, cuando tenía por sustento algún comportamiento positivo mostrado por la pequeña. Por ejemplo, en una lección sobre una escolar llamada "Paquita" se le representaba con carácter afable, sonriente, bonita, aseada y bien portada. En ese texto se justificaba la preferencia de la docente en los siguientes términos: "[Paquita] entra primero y saluda cariñosamente a la

Las menores también debían aprender a comportarse adecuadamente “en sociedad”.

maestra. Ésta la recibe con agrado y la acaricia, porque la niña se ha hecho querer por ella por su conducta”. Esta observación venía acompañada de una ilustración, seguida de una máxima que decía: Las niñas aseadas y correctas son queridas por sus maestras y compañeras (Rodríguez, 1905: 9-10).

En otra lección de ese mismo libro se presentaba a las alumnas correspondiendo con gratitud a los esfuerzos de enseñanza de su maestra. Allí se mostraba a la profesora con gran pesar por la muerte reciente de su padre. Al saberlo, las pequeñas discutieron sobre cómo solidarizarse con su profesora y resolvieron que la mejor manera de consolarla era portándose bien y aplicándose en las clases. En otras palabras, cumplirían su deber de alumnas. Según esta lectura, con esta muestra de cariño “la pena de la maestra disminuía en parte”. Allí mismo prescribía: “Vuestra maestra sufre algunas veces, si queréis consolarla, sed dóciles y trabajad con esmero” (Rodríguez, 1905: 52). En suma, a la maestra se le debía tener cariño y gratitud, lo cual se demostraba con el respeto, la docilidad y la obediencia irrestricta a sus órdenes.

Los adornos de la vida social

Las menores también debían aprender a comportarse adecuadamente “en sociedad”. Esto se apreciaba principalmente cuando iban “de visita” a alguna casa ajena, o a cualquier otra reunión formal. Para ello era menester que conocieran ciertos principios de conducta social. En una lección se advertía que había que distinguir la frivolidad de la verdadera decencia en el conducirse. Las personas frívolas sólo se orientaban por el capricho, la apariiencia, por el lujo y la vanidad. Mientras que “la obediencia a los buenos usos de la gente educada” constituía “la urbanidad o cultura social” (Gómez, 1899: 135). Una niña “bien educada” era aquella cuyo trato se consi-

deraba agradable por los demás. Lo cual significaba que su comportamiento social era amable, reservado, pertinente con las circunstancias en que se encontraba.

Un aspecto que merecía especial atención eran los modales que se debían mantener en la mesa. El libro *El amigo de las niñas mexicanas* enseñaba las “reglas de etiqueta” que las pequeñas deberían guardar mientras comían. Se les señalaba, por ejemplo, cuáles lugares correspondían a los mayores y qué otros debían ocupar las menores; cómo colocar su cuerpo en la silla; cómo utilizar la cuchara, el cuchillo y el tenedor; y, en fin, todas aquellas maneras que manifestaban la “delicadeza, moderación y compostura que distinguen siempre al hombre verdaderamente fino” (De La Torre, 1905: 88). Pero también se advertía a las niñas sobre todos aquellos actos considerados verdaderamente repugnantes en el comer, como lo eran:

- 1°. Abrir la boca y hacer ruido al mascar...
- 2°. Sorber con ruido la sopa y los líquidos calientes, en lugar de atraerlos a la boca suave y silenciosamente...
- 3°. Hacer “sopas” en el plato que se está comiendo...
- 4°. Dejar en la cuchara una parte del líquido que se ha llevado a la boca...
- 5°. Tomar bocados tan grandes que impiden el libre uso de las palabras...
- 6°. Elevar huesos a la boca, por pequeños que sean...
- 7°. Tomar la comida por medio del pan, en lugar de emplear el tenedor o la cuchara (De la Torre, 1905: 96).

"El porvenir de un niño honrado y trabajador". Fuente: Méndez, 1910: 33.



Se consideraba, asimismo, que los modales en el comer mostraban la cultura de un menor, por eso se advertía en una máxima: En el modo de portarse en la mesa manifiesta un niño su educación (Bruño -2-, s/f.: 152). Con lecciones como ésta se procuraba inculcar a los pequeños cualidades como el aseo, el servicio, el respeto, la paciencia y la cortesía. Es decir, se intentaba que las menores aprendieran todos aquellos "detalles" que distinguían a una niña común de otra verdaderamente educada, esto es, aquella que se conducía conforme a las reglas de urbanidad.

Arquetipos de vida de niños y niñas

En el libro *El hogar mexicano* aparecían dos estampas con una serie de ilustraciones en las que se contrastaban diferentes actividades que debían realizar un niño y una niña para ser considerados adecuadamente socializados. En la estampa del varón se veía un pequeño pobre. En las siguientes ilustraciones se observaba a este mismo menor trabajando, después como joven estudioso, posteriormente como adulto propietario y patrón, para finalmente aparecer como un padre de edad madura. En resumen, lo que resaltaba a través de esas metáforas era que cualquier niño pobre podría llegar a ser un hombre de bien si estudiaba con esmero, trabajaba con dedicación, mostraba honradez y buenas maneras, y perseveraba en su objetivo.



"El hogar mexicano (segunda parte)".

Fuente: Méndez, 1910: 35.

Las representaciones sociales suelen operar a través de arquetipos, mediante los cuales se condensan los miedos, deseos y esperanzas de una sociedad.

El modelo de vida para las niñas era muy distinto. Mientras a los varones se les ubicaba en la vida pública y productiva, a las menores se les veía sólo en su casa. Allí debían aprender los oficios considerados propios para una “damita”, como lo eran: bordar, planchar, regar, jugar con su muñeca que le servía como aprendizaje en su futuro papel de madre, cuidar a su hermanita e ilustrarse a través de la lectura y aprender a tocar el piano. A diferencia de la estampa del varón, no se observa a la niña en sus diferentes etapas de la vida. Aparecía como si fuera a quedar para siempre como un ser menor, como una niña eterna. No es extraño que en la época los señores de la casa solían nombrar a sus esposas como “mi niña”, reforzando así la situación de dependencia que querían ejercer sobre la mujer.

Consideraciones finales

Las representaciones sociales suelen operar a través de arquetipos, mediante los cuales se condensan los miedos, deseos y esperanzas de una sociedad. La función de estos arquetipos es fungir como modelo que oriente las prácticas del conjunto social. Desde esta perspectiva, en los libros de lectura se pretendía guiar el comportamiento infantil utilizando arquetipos infantiles, en los cuales se condensaban aquellas virtudes morales que deberían aprender las menores. Este era, por ejemplo, el caso de Rafaelita, una pequeña en la cual se concentraban todos los valores que debían adornar a una pequeña, como la inocencia, la honradez, la afabilidad, la gratitud y el sacrificio con sus semejantes. En contraste, también se presentaban contra-modelos de niñas que representaban algunos de los defectos que debían evitar las escolares.

Para que las menores interiorizaran la conducta de estas “niñas ejemplares”, en las lecciones de moral se utilizaban, entre otros, los siguientes recursos

didácticos: el uso de breves textos con estructuras narrativas de tipo dramático especie de historieta que permitían que las escolares se identificaran con el protagonista infantil y que enfrentaran, por medio de éste, algún dilema moral; la utilización de grabados alusivos a la historia en cuestión, para impactar la sensibilidad visual de las infantes; la construcción de sentencias, a través de las cuales se resumía la historia narrada.

Respecto a los deberes que tenían hacia su propia persona, por ejemplo, a las menores se les enseñaba que eran portadoras de un cuerpo y de un alma. En tanto seres corpóreos, los menores debían alimentarse evitando el exceso de golosinas, cubrirse adecuadamente ante las inclemencias del tiempo, mantener su cuerpo aseado y vestirse con pulcritud y sencillez. Sin embargo, el cuidado excesivo podía conducir al envanecimiento y al amor propio, pues el cuerpo era considerado el “espejo del alma”. Para desarrollar las cualidades espirituales, la niña debía ser honrada, aplicada, generosa y compasiva con los seres que la rodeaban. Las menores debían conservar su candor y su gracia, desarrollar el espíritu de sacrificio y mostrarse siempre serviciales hacia sus padres y hermanos.

Por otra parte, en los manuales de lectura por lo regular aparecía como prototipo de hogar una familia urbana de clase media, compuesta por un matrimonio con tres o cuatro hijos. El padre se presentaba como “la cabeza” de la familia, esto es, como proveedor material, juez del comportamiento infantil y una persona ilustrada y experimentada. La mujer era identificada con una triple función: como madre, esposa y “ama de casa”. Las hijas debían ser inocentes, simpáticas, modestas y hacendosas. Los hijos tenían que ser formales, afables y aplicados en sus tareas. El respeto, la obediencia y la gratitud hacia sus padres, y el buen trato entre hermanos, eran los ingredientes que hacían reinar la armonía familiar.

El respeto, la obediencia y la gratitud hacia sus padres, y el buen trato entre hermanos, eran los ingredientes que hacían reinar la armonía familiar.

De acuerdo con las normas socialmente aceptadas, las niñas tenían que saber guardar la debida compostura tanto en la vía pública como en las visitas de carácter social. Respetar las jerarquías sociales, ser consideradas con los ancianos y señoras, mantener siempre la pulcritud en el vestir y tratar de ser agradables a los demás eran algunos modales que se veían con buen agrado en las pequeñas. Pero era sobre todo mediante los ademanes que se mostraban en la mesa como mejor se conocía la educación y la cultura de una pequeña: sentarse donde se le indicase y con la debida compostura, comer con la boca cerrada, aprender a usar los utensilios del comedor, no hablar durante la comida sino en la sobremesa y sólo cuando se le preguntase, eran algunas de las reglas que debería aprender una “niña decente”.

En resumen, a diferencia de los varones, a las menores se les educaba para que aprendieran a vivir dentro de su hogar como servidoras de los hombres y de sus futuros hijos. Esta situación de dependencia expresaba la férrea estructura patriarcal vigente en la sociedad porfirista. 

Notas

¹ En México se denomina porfiriato al periodo de cerca de 30 años (1876-1910) en que gobernó el presidente Porfirio Díaz. Su régimen se distinguió por el impulso a la modernización, pero con pocas libertades políticas. El lema “Orden y progreso” resume los fundamentos de su estilo de gobernar.

² El amigo de las niñas mexicanas tenía 258 páginas con 207 ejercicios de lectura sobre las materias que el autor consideraba debían ser la base de la enseñanza social, moral y doméstica de las menores. Manual constituido por “reglas de buen tono, de urbanidad y buenas maneras, poesías y adivinanzas escogidas, juegos infantiles, máximas y cuentos morales. Diversos artículos sobre asuntos mexicanos y una sección de conocimientos útiles en la vida práctica” (De la Torre, 1905: Introd.). A través de su lectura se pretendía que cada niña adquiriera todas aquellas cualidades que deberían “ser constitutivas de la mujer verdaderamente buena”, además de prevenirla de los defectos que debía evitar para merecer “el dictado de virtuosa y bien educada”. En otras palabras, el autor tenía el propósito de dar a conocer “los rasgos característicos de la hija, de la esposa, de la madre, de la amiga y de otros tipos femeninos, marcando las virtudes que deben serles inherentes, para que las niñas encuentren en ellos modelos que imitar” (De la Torre, 1905: vii-viii).

³ La perla de la casa era un libro dirigido a niñas que cursaban el 4o. grado, en el cual se narraba la historia de tres pequeñas a quienes “la muerte arrebató,

casi repentinamente, a la virtuosa madre y esposa modelo, dejando desolado y triste aquel hogar" (Rodríguez, 1912: 11). Ante la necesidad de que fueran correctamente instruidas, el padre encargó a su hermana que las guiara en la "senda del deber y la virtud". A través de este relato se instruía a las alumnas en temas de moral, higiene, economía doméstica, historia patria, instrucción cívica, labores femeniles y urbanidad. Delfina Rodríguez fue profesora de la Escuela Normal de México y directora de la escuela de niñas "Porfirio Díaz" de Cuernavaca. La serie de lecturas graduadas denominada Rafaelita constaba de "cuatro libros ricamente ilustrados, encuadernados en cartóné, lomera de tela, con bonita cubierta en papel couché", editados por la Editorial Herrera Hermanos (Valverde, 1913: Portadilla). El objeto consistía en hacer de cada niña una mujer virtuosa e ilustrada, a través de la educación se pretendía capacitar a la mujer "para que prontamente ocupe en la sociedad el puesto que la sociedad le asigna, que es ser compañera, ayuda y consejera del hombre en el trabajo y en los negocios, y educadora inteligente de sus hijos, a quienes debe inculcar el amor a la patria, a las leyes, al trabajo y al estudio, el respeto a la autoridad, el fiel cumplimiento de todos los deberes y la obligación de coadyuvar al mejoramiento y al progreso incesante de la sociedad" (Valverde, 1913: Introd.). La autora Ana María Valverde de Gómez Mayorga nació en la ciudad de México en 1878. Fue maestra de la Escuela Normal de México, e inspectora técnica de escuelas primarias. Entre sus obras figuran: Tres ensayos, 1941; El divino mendigo, 1949; Un mundo mejor, 1950; y Primeras y últimas rosas, 1962. Murió en el Distrito Federal en 1954 (cfr. Musachio, 1999: 1135).

⁴ Los libros El ángel del hogar y La perla de la casa formaban parte de una misma serie de lecturas para niñas de enseñanza elemental. El primer libro estaba dedicado a las niñas de 2o. y 3er. grado, y consistía en un tomo en "octavo, de 112 páginas, ilustrado con 68 grabados, encuadernado en cartóné". La enseñanza moral se realizaba por medio de una sucesión de textos en los que se mostraban conductas ejemplares de "aplicadas discípulas y excelentes hijas", con los cuales se pretendía que las menores conocieran sus "deberes en la escuela y en el hogar". Por ello se motivaba a las pequeñas: "Imitad aquellos modelos, que son preciosos, y guardad en vuestra memoria las enseñanzas que encierran estas lecciones... Aprended mucho y sed siempre buenas" (Rodríguez, 1905: 7-8).

Bibliografía

- BRUÑO, G. M. Lecturas de corrido. Curso elemental para niños principiantes. Libro segundo. Serie graduada de lectura. París: Ediciones de la Sociedad G. M. Bruño, s/f. -2-.
- Congreso de Instrucción. "Primer Congreso Nacional de Instrucción. Informes y Resoluciones". México: Imprenta de Francisco Díaz de León, 1890.
- _____. "Segundo Congreso Nacional de Instrucción. Informes y Resoluciones". México: Imprenta de Francisco Díaz de León, 1891.
- CORREA, Alberto. Nociones prácticas de moral. Arregladas y adaptadas para la enseñanza en las escuelas de la república. (Esta obra ha sido aprobada para

- servir de texto en las escuelas del distrito y territorios), primera edición. México: Eduardo Dublán y Compañía, Impresores, 1889.
- DE LA TORRE, Juan. El amigo de las niñas mexicanas. Libro de lectura corriente especial para las escuelas primarias de niñas de la república Mexicana. 4^a. edición. (Contiene 207 ejercicios de lectura sobre las materias que deben constituir la instrucción moral, científica, social y doméstica de la mujer). México: Imprenta de El Siglo XIX, 1905.
- ELÍAS, Norbert. El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- ESCOLANO, E. Benito. Historia ilustrada del libro escolar en España. Del Antiguo Régimen a la Segunda República. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1997.
- GALVÁN LAFARGA, LUZ Elena. "La prensa infantil: una fuente para encontrar a niñas y niños decimonónicos". En Memoria del seminario de historia y etnografía de la educación. 2001-2002. San Luis Potosí, México: El Colegio de San Luis, A.C. / Universidad Pedagógica Nacional, 2002.
- GÓMEZ, Ricardo. El lector hispanoamericano. Libro tercero de lectura. (Contiene las nociones físicas que más se aplican a las lecciones de cosas; descripción de los aparatos y máquinas usuales; exposición breve y sencilla de las cuestiones morales más interesantes y su resolución; derechos y obligaciones civiles más importantes; episodios históricos y patrióticos). México: Casa Editorial Herrera Hermanos, 1897.
- _____. El lector hispanoamericano. Libro primero de lectura. Lectura y Escritura simultáneas, ejercicios de Lecciones de cosas, Dibujo, Lenguaje, Escritura, Recitaciones y las primeras ideas científicas, con las fundamentales de civismo y moral. México: Casa Editorial Herrera Hermanos, 1899.

- _____. El lector hispanoamericano. Libro segundo de lectura. Escenas de la niñez. Las primeras nociones científicas obtenidas por la observación de la naturaleza y de la vida práctica. Moral infantil. México: Casa Editorial Herrera Hermanos, 1902.
- MÉNDEZ DE CUENCA, Laura. El Hogar Mexicano. Nociones de Economía Doméstica para uso de las alumnas de instrucción primaria. Segunda edición. México: Casa Editorial Herrera Hermanos, 1910.
- RODRÍGUEZ, Delfina C. El ángel del hogar. Libro primero de lectura para uso de las niñas que cursan el segundo año de instrucción primaria elemental. México: Librería de la viuda de Charles Bouret, 1905.
- _____. La perla de la casa. Libro tercero de lectura para uso de las niñas que cursan el cuarto año de instrucción primaria elemental. (Primera edición: 1906). México: Librería de la viuda de Charles Bouret, 1912.
- ROSALES, María M. Rafaelita. Libro segundo de lectura para uso de las alumnas del tercer año elemental. Quinta edición. México: Casa Editorial Herrera Hermanos, 1914.
- SPECKMAN, Elisa. "Sociedad y vida cotidiana en las ciudades porfirianas". En Garciadiego, Javier y Josefina Zoraida Vázquez, coord. Gran Historia de México ilustrada. De la reforma a la revolución, 1857-1920, t. IV. México: Planeta, CONACULTA, INAH, 2001.